

REVISTA

DE

SANTIAGO.

Tomo Segundo.

SANTIAGO.

IMPRESA CHILENA, CALLE DE VALDIVIA,

NUMERO 21.—SEPTIEMBRE DE

1843.

CUENTOS DE TIERRA ADENTRO

0

EXTRACTOS DE LOS APUNTES DE UN VIAJERO (1).

Habíamos caminado todo el día i a caidas de sol llegamos a los Jumes.

Apénas a 50 leguas al Sur de la ciudad de Mendoza, ya podíamos considerarnos fuera de los límites de la provincia. Los nombres de los parajes por donde habíamos pasado, indicaban que en otra época los tristes campos, sin árboles, de la falda oriental de la cordillera, sustentaban una población cristiana que los malones de los Indios había hecho desaparecer—Donde existieron las casas de Ermida solo vimos la miserable choza de un invernador.—El arroyo de las invernadas que antes regaba la Alameda de las Queserías, inútil ahora para la industria se pierde en ciénagas, por donde se arrastran lentamente las aguas cristalinas del arroyo de los Papagallos. Casas, álamos, potreros, cercados, toda ha desaparecido; este pedazo de tierra, un instante conquistado por el hombre, ha vuelto a tomar el triste i monótono aspecto del desierto.

Acampamos en los Jumes: un invernador que vivía allí nos vendió un carnero. Era su choza tan miserable, ofrecía tan pocos recursos su escaso menaje, que preferimos irnos a encender nuestro fuego a orillas del arroyo de los Papagallos, que corre a corta distancia.—Pronto estuvo nuestra comida asada i devorada con

(1) Tenemos el placer de insertar este artículo con que nos ha favorecido el señor don SANTIAGO ARCOS.

ese buen hambre que da un galope de 215 leguas, i que, a mi modo de ver, con poca justicia ha dado fama en América a los asados de campo.

Recostado sobre nuestras monturas esperabamos la noche: i tuve entónces la feliz ocurrencia de pedir a mi *vaqueano* noticias de las Indiadadas que habian destruido las casas de Ermida i me contó la triste historia que voi a referir.

El silencio de la noche, la soledad de los campos que habiamos atravesado, el aspecto semi-bárbaro de nuestro pequeño acampamento, me hicieron escucharla con sumo interés.

Léjos del paraje donde principió la terrible matanza de los Jumes ¿interesará tanto, como allí, el último triunfo de las lanzas de Neikun?

Temo mucho que los cuentos de mi vaqueano Juan Seguel tengan el mismo mérito que los asados de campo. Mas de su mayor o menor interés, no me toca a mí ser juez.—El lector (si lo tengo), decidirá.

Al pié de la falda oriental de la Cordillera i frente a nuestra provincia de Santiago, Colchagua i Maule se estienden los inmensos campos del sur de la provincia de Mendoza.

La cordillera corre de norte a sur, pero como queriendo estender su dominio sobre los planos, ha destacado cerrilladas, enormes peñascos, a veces sierras nevadas que se elevan en medio de las Pampas a distancia de 80 i 100 leguas de la cumbre.

En los parajes a que me refiero la rejion de cordillera solo acaba en las vertientes orientales del Nevado, altísima sierra, que como los Andes corre de norte a sur i dista 100 leguas de la cumbre de la cordillera principal o cordillera madre.

Siete grandes rios riegan el sur de la provincia de Mendoza.— Todos toman el rumbo de poniente a naciente, pero atajados por las cerrilladas de las pampas tuercen a diversos rumbos hasta salir a la rejion de los llanos.

Caminando al Sur, el viajero encuentra a 3 leguas de la ciudad el Rio de Mendoza.—El Junnjan despues, que naciendo 50 leguas mas al sur se dirige al norte atajado por las cerrilladas de Aguanda, i se echa a las pampas despues de haberse acercado al c. del Rio de Mendoza.

El Diamante luego, cacontrando este un boquete casi al frente

de su forilacion, puede seguir su rumbo natural derecho al Naciente.

Mas léjos el Latuel, que sale de la cierra 40 leguas al sur del Diamante i que llega a las pampas por el mismo boquete que este último.

De estos cuatro rios, los dos primeros se pierden en las misteriosas lagunas del Bebedero.

Los dos últimos en las grandes lagunas de Urrelauken, gran mar de fango en medio de ese gran mar de tierra que llamamos las Pampas.

Si seguimos rumbeando al sur encontraremos: el rio Grande, el de las Barrancas, i por fia el Neuquen, que nace frente a nuestro rio Bio-Bio. Este último, corriendo al Sur, se echa en el gran Limay Leubu, que con el nombre de Rio Negro desemboca en el Atlántico al norte de la Bahía de San Matias.

El rio Grande i el de las Barrancas unidos forman el rio Colorado, que desagua en el mismo océano 50 leguas mas al norte.

No son estas las solas aguas que encuentra el viajero al recorrer las faldas de la cordillera: multitud de arroyos salen de la sierra, los unos van a aumentar las aguas de los rios que hemos mencionado, otros se pierden en enormes ciénagas, mayores algunas de ellas que algunas de nuestras provincias.

Los campos pastosos en algunas partes, i arenosos, salitrosos, cubiertos de toscas i de inútiles pajonales en su mayor estension, no los ameniza un solo árbol. Algunos Cbañares i Jarilla son los únicos arbustos que se encuentran 50 leguas al Sur de Mendoza, i unas 8 leguas distante de la falda de la sierra se ve el fuerte de San Carlos, 40 leguas mas al sur, i como a 55 de la falda de la cordillera, hai otro fuerte i San Rafael situado en la orilla norte del rio Diamante, guardan la frontera.

Pasado el fuerte de San Carlos, ya la poblacion principia a desaparecer; al sur del fuerte de San Rafael, ya no hai nada ni casuchas de invernadores; es el desierto, ni cristianos ni Indios—nadie vive allí.

Las manchas de pastos solo sirven a las grandes tropillas de avestruces, a un sin número de quirquinchos, proletarios del Desierto, pues de ellos vive cuanto animal carnívoro pasa por esos campos; i a la guanacada que en tropillas de 500 a 1000 cabezas huyen de las nevadas de la cordillera durante los meses de invierno.

Mas no siempre fueron desiertos estos campos. 40 años há, en

las orillas del Malargüe (arroyo que se pierde en cienegas) 100 leguas al Sur de Mendoza, vivia una numerosa tribu de Pehuenches que obedecia al cacique Ñeikun: numerosa debia ser esta tribu cuando Ñeikun podia disponer de mas de dos mil lanzas.

En las faldas del Nevado, 50 leguas al naciente de las cienegas del Malargüe, Goico, cacique de Ranquèles, hacia pacer sus numerosos ganados—su fuerza era menor—solo podia disponer de 700 a 800 lanzas.

Ambos caciques, amigos de los blancos, eran una vanguardia que en tiempo del gobierno del Rei tenia la provincia de Mendoza para defenderla de las Indiadadas de los Pinales, de las astutos muluches del Ñeuqueun i de los Huiliches del Payese i Rio Colorado.

Como desaparecieron esas tribus, hé aquí el cuento que tanto me interesó cuando me lo contó mi vaqueano Seguel, esclavo entónces del Huiliche Payala, testigo i actor en los hechos que me refirió.

Quando el Jeneral San Martin disciplinaba en Mendoza la pequeña fuerza con que debia vencer en Chacabuco, a fin de llamar la atencion de los realistas a las provincias del sur del Reino de Chile, quiso pedir de un modo solemne a las Indiadadas del Malargüe i Nevado, permiso para pasar con todo su ejército por sus tierras i atravesar la cordillera por el paso del Planchon. Conocia el jeneral la indole de los Indios; sabia que nada significaban sus promesas, i que traicionar a los blancos era i es no solo licito, sino meritoria accion a los ojos de ellos. Pero de la traición misma era de la que el hábil Jeneral Patriota queria aprovecharse.

Seguro pues que los Indios avisarian a los realistas de sus intenciones, que los partidarios del gobierno del Rei no dejarian de dar parte a Chile de lo que pasaba en Mendoza, llamaba así la atencion del presidente del Chile a las provincias de Maule i Concepcion. Convida las Indiadadas amigas a un gran Parlamento.

Goico se presenta con sus mas lucidos mocetones. Ñeikun cacique principal, viene con un séquito más numeroso.—Todos sus caciques, sus mujeres, sus mejores boleadores le acompañan a corta distancia de Mendoza. Se acamparon las Indiadadas.

El dia fijado para el Parlamento, el Jeneral, con un brillante estado mayor, va a visitarlas.

A la llegada de los Jefes cristianos, los Indios montan sus briosos potros, cargan en diferentes direcciones, con admirable destreza juegan sus largas lanzas; i aquella tropa al parecer desordenada, se junta, se dispersa, huye, vuelve a cargar como podria hacerlo el mejor disciplinado escuadron.

Hechas estas evoluciones de costumbre, se adelanta Ñeikun con sus principales caciques. Goico le sigue i principian las harenças de los lenguaracés.

En tono enfático i declamador, el lenguaraz de los cristianos les habla de la patria, les dice que la causa de los patriotas i la de los indios es la misma i que les piden permiso para pasar por sus tierras pues van a atacar a sus enemigos.

Los indios responden que son los amigos de los Blancos, que siempre quieren servirlos, i no solo permiten que el ejercito pase por sus campos, sino que se ofrecen tambien a servirles de vaqueanos para la cordillera i ayudarles como puedan para que venzan a los enemigos.

El jeneral, despues de los discursos, les dió Ponchos, algunos uniformes a los principales i algunas pipas de vino. Los Indios aceptaron gustosos los regalos i, al parecer, convertidos en ardientes patriotas, hablaban con entusiasmo del gran malon que los mendozinos iban a dar a los de este lado de la cordillera.

Despues del parlamento, quedaron las indiadas descansando algunos dias en la cercanias de Mendoza. Los caciques amigos era la novedad de que se ocupaban. Entre los que seguian a Ñeikun, los que mas atenciones merecieron fueron los dos caciques Pehuelches, Antical i Chocorri—ambos hablaban el castellano; i si en las entrevistas, que pueden llamarse oficiales, nunca dejaron de servirse del lenguaraz, en sus conversaciones particulares ambos discurrían en castellano con gran facilidad.

Pasados algunos dias en contacto con los hombres civilizados: quisieron las Indiadas volver a sus anchurosos campos—Se despiden del jeneral i vuelven a sus tolderías, desde donde comunicaron secretamente a los Realistas lo que pasaba en Mendoza, para de este modo quedar bien con todos i recibir de los realistas el pago de su traicion.

Ellos tambien sabian el refrán: A río revuelto, ganancia de pescadores.

Pero debia ser fatal esta entrevista a las tribus de Malargüe i Nevado.

En el Parlamento de Mendoza simpatizaron mas las mendozi-

nas con los caciques Antical i Chocorri, que con su adusto jefe Ñeikun. Algunas demostraciones de aprecio dadas por los cristianos a sus subalternos bastaron para excitar los zelos i envidia de Ñeikun i para azuzar la ambicion de los dos caciques.

Desde que volvieron a sus tolderias, creyendo poder contar con la voluntad de los jefes mendozinos, Antical i Chocorri principiaron a minar el poderio de Ñeikun para apoderarse del mando de las tolderias del Nevado i Malargüe, consiguiendo la vara de cacique principal, que el Gobierno de Mendoza daba al cacique que mas confianza le merecia entre sus aliados.

Pacientes, como los de su raza, ocultando sus intenciones de todos, Antical i Chocorri dejaron pasar un año sin atreverse a atacar de frente al valiente Ñeikun.

Las indiadas, aunque separadas por grandes distancias, conservan relaciones entre si: se puede decir que entre las tribus hai otra tribu compuesta por la familia. El indio Boroano o Huiliche se pone a veces en camino para ir a defender o a ayudar en sus malones a un pariente que vive en las sierras del volcan o de la ventana, a centenares de leguas de su tolderia.

Ñeikun, valiente, robusto, aun tenia muchos deudos en los Pinales: era amigo de Yanketru, principal de los Muluches: declararse enemigo de Ñeikun era declararse enemigo de Yanketru, de todos sus deudos de los Pinales, sin contar con todos los del Malargüe: era exponerse a mil venganzas.

Antical i Chocorri conocieron este peligro. Antes pues de atacarlo de frente era necesario desacreditarlo en su propia tolderia: era necesario contar con la mayoria de los que le obedecian para poder imponer miedo a sus amigos i deudos, i rechazar sus ataques: si estos querian venir a vengar su muerte.

La astucia era mas fecunda en resultados que el valor; este fué el resorte que tocaron los pretendientes a la vara de cacique principal.

Bien sabia Antical que Ñeikun en paz con las mendozinos no querria exponerse a perder el sueldo que recibia de los Blancos invadiendo sus fronteras. Bien sabia tambien con qué entusiasmo aceptan los Indios toda propuesta de malon cuando este se puede dar sin riesgo. Propuso pues a Ñeikun dar un malon a la provincia de San Luis, rica entónces de ganado i que apenas contaba con medios de resistencias.

Bien habia calculado Antical: Ñeikun rechazó todo pensamiento de guerra i no quiso mover sus tolderias.

Desacreditar a Ñeikun en todas partes era el pensamiento de Ñeikun: con este objeto despachó un *chasque* a la frontera avisándoles que estuviesen adentro, que se preparaban a dar un gran malon los de Malargüe i otras indíadas combinadas. Estos rumores, aunque infundados, debían alarmar a los cristianos.

Chocorri decía éntretanto a los indios que Ñeikun viejo ya temía la guerra—que mas amigos de los blancos que de los de su sangre veía a los unos ricos i dejaba a la indíada en la mayor pobreza. «Los Puntanos, decía, tienen muchos ganados, muchas prendas de Plata, ¿i por qué no ir a tomarlas cuando podemos sin peligro invadir su provincia?»

Los indios, crédulos a veces como niños, repetían las palabras de Chocorri. «Cuántas caballadas, cuántas prendas de Plata, cuántas cautivas blancas no tendríamos ahora si otro que Ñeikun mandase!» Cada día miraban con ménos respeto al cacique principal: poco costó generalizar las ideas de Chocorri entre los de Malargüe.

Antical i Chocorri creen por fin el momento oportuno de dar el golpe: se retiran a sus toldos i ensillan sus potros—pasan a convidar a sus parientes, a robar Guanacos; i se apartan los conjurados de la tolderia—caminan hasta caídas de sol—se paran a dos leguas de distancia. Allí fueron llegando en pequeños grupos los parientes i amigos de los caciques iniciados ya en la conspiracion.

Los indios se resistían a matar a Ñeikun—Antical les habla de San Luis, de los provechosos malones que darian si otro que Ñeikun mandase; aconseja a este de no ser mas que el esclavo de los blancos. Chocorri recorra las alturas que dominan las tolderias: cuando ve todos los fuegos apagados, baja a reunirse con Antical, persuade a los que dudaban aun que es preciso matar a Ñeikun porque teme la guerra, i los entusiasma. Por fin, pónense en camino otra vez para sus tolderias; i apenas oye Ñeikun los primeros ladridos de sus perros, cuando los conjurados se golpean la boca i se echan sobre la tolderia del cacique principal.

Ñeikun sorprendido, apenas puede defenderse: despues de pocos momentos de lucha, muere a manos de Chocorri—ni cesa en él la matanza—todos los parientes del cacique se ven rodeados de enemigos. Mas de cien valientes lazas perdió en esa noche la tribu de Malargüe.

Pronto obtuvo Antical el fruto de su conspiracion. *Chasques* que despachó de la frontera decían que Antical i Chocorri habían

asesinado a Ñeikun, porque éste de acuerdo con Yanketru quería dar un malon a la provincia de San Luis.

Los rumores de malon que el mismo Antical había hecho correr por la frontera, acreditaron desde luego las noticias de los *chasques* del Malargüe.

Antical hacía mil protestas de amistad i fidelidad, recordaba los muchos favores que debía a los mendozinos, i se preciaba de estarles agradecidos. El Gobierno de Mendoza contesta a sus protestas mandándole la vara de cacique principal vacante por la muerte de Ñeikun.

Pero de la matanza de Malargüe escapó el astuto Yanka-milla, hermano del difunto cacique i unos 20 mocetones que no quisieron obedecer a Antical. Esta pequeña partida vagó algunos días por las asperezas de la sierra. Solo indios acostumbrados a la vida miserable del salvaje podían sufrir los padecimientos a que se vieron espuestos sin mas viveres que los guanacos que podían bolear, sufriendo la intemperie de las altas planicies donde se habían refugiado. Vagaban sin direccion buscando los cajones de cordillera que les ofrecían mas medios de mantenerse.—El hambre, el miedo de ser sorprendido por los nuevos caciques, echó por fin a esta pequeña partida de fujitivos a los primeros puestos de los cristianos: allí supieron cómo se contaba en la frontera la muerte de Ñeikun.

Comprendió Yanka-milla todo el partido que de estas noticias podía sacar entre las tribus amigas de Ñeikun i partió con las suyas para el sur.

Evitando las *tolderias* de Malargüe, pasó el Rio Grande, el de las Barrancas, i el Ñeugeun. A orillas del arroyo de Mucum dió con las *tolderias* de Yanketru, principal de los muluches i amigo de Ñeikun.

Yanka-milla se presenta al cacique, llora con monótono canto la muerte de su hermano, se queja de sus grandes sufrimientos en la sierra, la sed que ha padecido en las travesias; pero dice que de todo esto se alegra porque sabe que el valiente Yanketru rescatará la sangre de su hermano. Yanketru i los principales muluches rodean al doliente i se aflijen de su pena.—Cuando el astuto indio creyó haberse ganado las simpatías de su auditorio, les refirió la muerte de su hermano.

«El difunto Ñeikun, decia, cansado de las usurpaciones de los Blancos quería unirse con su amigo Yanketru para dar un gran malon a las provincias de San Luis i Mendoza, que él mis-

mo se estaba preparando para venir con muchas lanzas a hacerle parlamento i convidarlos como a hermanos para partirse de los muchos ganados que podían quitar a los cristianos del valle de Uco; pero todo lo habia desbaratado el puñal de Chocorri.

«Chocarri i Antical no eran indios ya. Esclavos de los blancos, solo pensaban en servirles i cada día se mostraban mas enemigos de los de la sangre—ya no venia a convidarlos como lo habria hecho ántes de la muerte de su hermano, pero si venia a pedirles venganza por la sangre de Ñeikun, por la sangre de los valientes que habian perecido defendiéndolo; venia a pedirles la muerte de dos caciques traidores amigos de los blancos i que estarian siempre prontos a dar malon a todos los buenos indios que no querian obedecer a los cristianos.»

Como argumento mas convincente acababa Yanka-milla diciéndoles, que les pedia socorro por no ver en poder de los traidores, los ganados, las muchas prendas de plata—i las buenas caballadas de Ñeikun, que pastaban en los cajones de Bata-mallin.

Con este último párrafo de la arenga de Yanka-milla llegó la indignacion de los indios a su último grado. Yanketru juró vengar la muerte de su amigo—los muluches todos pelear por los de su sangre; i Yanka-milla fue hospedado entre los muluches con los 20 mocetones.

Los muluches de Yanketru, pasado el primer momento de codicia, pensaron en las dificultades que tendrian que vencer. En lo mui dudoso del buen éxito de su malon sobre los del Malargüe, temian el arrojito de Chocorri, i temian que los cristianos que no dudaban socorrerian a su nuevo cacique—Yanketru decidió esperar i aumentar sus fuerzas.

Quiso ante todo combinarse con las indiadas de tierra adentro antes de marchar contra las tribus del Nevado i Malargüe.

Con este objeto mandó a Yanka-milla a recorrer las otras tolderías para decidir las a la guerra.

Púsose en marcha Yanka-milla con sus compañeros: en todas las tribus donde llegaba repetia las escenas que hemos tratado de describir a su llegada a las tolderías muluches.

Tángo habló Yanka-milla de las caballadas de Bata-mallin, tángo de prendas de plata, que su carrera diplomática tuvo completo buen éxito en todas partes.

Neculman, cacique principal de los Pinales, prometió su apoyo.

Toriano, principal de los Huiliches, levantó sus tolderías i se acercó a Mucum.

Anteñir, cacique piscunche, en cuyas tolderías estaba refugiado Hermosilla con 200 pincheirinos, juró vengar también la muerte Ñeikun.

Yanka-milla que había dado cita a los caciques en el arroyo de Mucum, vuelve i anuncia a Yanketru el buen éxito de su expedición.

No tardaron en llegar los nuevos aliados de Yanketru: Neculman se presenta con mas de mil lanzas. Entre sus principales guerreros venían Llaupilaufquen, indio de Puren i Yeifnir Boroano, que mas tarde fueron el azote de los hacendados argentinos de la sierra de la ventana.

Toriano viene con varias tribus Huiliches a la cita. Le acompaña Payalaff, cacique huiliche de Payen. Trae a sus órdenes Payalaff gran número de lanzas—toda su jente montada en los mejores caballos de las Pampas hacen que las fuerzas de Toriano sean las que mas confianza dan a la indiada para obtener una completa victoria sobre Antical. Por fin Anteñir llega con 5000 indios i 200 Pincheirinos mandados por el cruel Hermosilla, uno de los oficiales de mas nota entre los jefes, i que llamaron mas tarde el rei de la cordillera.

Yanketru recibe las tribus i dice a los principales jefes, que no hai que demorar; por sus espías sabia que Antical i Chocorri se preparaban a resistirles; mas ántes de ponerse en marcha quieren los Indios solemaizar su expedición como es costumbre—Toriano arenga a todas las indiadas, les dice que deben dar un malon que por muchos años arruine a las provincias de Mendoza—matar a todos los indios malos que desprecian su sangre i hacen causa comun con los cristianos; que ya los blancos se han apropiado los terrenos del otro lado del Diamante; que pronto no les dejarán tierras en que vivir, i que tendrán que andar corriendo como guanacos por los peñascos de la sierra, o tendrán que ocultarse como quirquinchos en las cuevas—A cada frase los indios gritaban i se golpeaban la boca, excitándose a la pelea como los leones se excitan a acometer una presa castigándose los hijares.

Los mocetones de Yanketru, traen una tropilla de yeguas gordas—los indios enlazan—i a bolazos matan los animales, los ahren i les arrancan el corazon. Plapitante aun lo cortan en pequeños trozos para que cada indio pruebe uno crudo i se pre-

pare de este modo a la matanza—Extraña analogía con las costumbres de nuestros abuelos.

Acabadas estas ceremonias, los caciques combinados se pusieron en marcha—Siguiendo la falda de la cordillera caminaron acia el norte para despuntar el Ñeuqueun.

Mas no habian aun salido de Mucun cuando la noticia de la entrevista de Yanka-milla con Yanketru i sus correrias por las tribus de Tierra adentro llegaron a oídos de los del Malargüe—Antical, lleno de vida i actividad como todo gobierno nuevo, hace tomar las armas a todos sus mocetones—Obliga al tímido cacique Goico a unirse con él para defenderse del gran malon que venian a darles las indiadas de Tierra adentro.

El ejército de los caciques alzados tenia que pasar precisamente por Curileu, angostura que se halla entre el Ñeuqueun i el río de las Barrancas.

Alli se dirige Antical a esperar al enemigo, se acampa i despacha vichadores en todas direcciones. Tristes fueron las nuevas que sus espías le trajeron: la indiada, le dicen, viene como la langosta, tantas lanzas hemos visto que los campos parecen marear en el horizonte.

Antical, aterrorizado, no pensó mas en la resistencia—quiso retirarse a San Carlos i pedir auxilio a los Mendozinos; pero la retirada era imposible: la indiada enemiga no dista tres leguas de Curileu.

Chocorri, que le acompaña, se propone salvar la indiada de Malargüe, sacrificándose con algunos compañeros.

Dice a Antical que se retire, que él quedará con 200 lanzas en la angostura i resistirá cuanto pueda para darle tiempo de llegar al Malargüe. Acepta Antical el sacrificio de su amigo i se retira con los suyos, dejando a Chocorri en Curileu con 150 de sus indios i 50 Kanqueles de Goico.

El Epaminondas Indio no tuvo mejor suerte que el Griego.—Por la noche llega la Indiada a Curileu: los pincheirinos, desmontados con sus terribles armas de fuego que dañan a tanta distancia, descargan sobre los de Chocorri un fuego mortifero desde los peñascos que forman la angostura de Curileu.

El huiliche Payalaff los ataca de frente, i Chocorri muere con sus mejores lanzas, defendiendo la retirada de Antical.

Desde Curileu puede decirse que principió la matanza. Los mocetones de Payalaff, montados en los lijeros potros del payen, llegan a Bata-malin persiguiendo a las pocas lanzas que habian escapado de la matanza de Curileu.

Allí se encuentran con las fuerzas de Antical. —El cacique los quiere cargar, pero sus Indios ya no le obedecen. Los reta; estos, enfurecidos con la muerte de Chocorri, reprochan a Antical todas las desgracias que sufren algunos mas atrevidos, lo cargan i le dan dolorosa muerte.

Los de Payalaff, testigós de esta escena, esperan a los caciques aliados: pronto llegan, i seguros ya de no encontrar una resistencia seria en el Malargüe, marchan a las Tolderias enemigas.

Perseguidores, llegan simultaneamente a las Tolderias que fueron de Ñeikun.

Los caciques aliados incendian las Tolderias i matan cuanto se les resiste: i pronto no tuvieron ya enemigos que combatir. — Los vencedores dispersos por los campos buscaban cautivos. — Los pobres indios no ofrecian resistencia alguna: el Indio que alcanzaba una mujer, o la volteaba a sus pies de un bolazo, o simplemente le echa a la cabeza una prenda suya. — La india que tiene sobre ella, un poncho, un rito, cualquier objeto que pertenezca a un vencedor, ya es una propiedad que los demas respetan. La pobre criatura, embrutecida, cambia sin esfuerzo de dueño i se resigna a su suerte.

(Continuará).

SANTIAGO ARCOS.

CUENTOS DE TIERRA ADENTRO

o

ESTRACTO DE LOS APUNTES DE UN VIAJERO.

El día que siguió a la muerte de Antical, ya las tolderías de Malargüe no existían.—Los Indios al vencer solo toman las prendas que pueden llevar consigo, los ganados i cautivas que pueden arrear. Todo lo destruyen, campos quemados—montones de huesos de los animales que han muerto de fatiga en el arreo son los trofeos que dejan despues de sus victorias.

Los caciques combinados no pasaron de Malargüe, allí se distribuyeron el botin. Torriano i sus Huilliches volvieron al Payen.—Neculman a los Pinales—Yeifair i Llaupitauquen en busca de mas ganados, se internaron en las pampas, llevando sus cautivas, algunos palos i cueros, numerosa caballada, en fin todos los pertrechos que necesita el Indio para una larga expedicion—Se dirijian por el camino del Sur a las sierras del Tandil i la Ventana.

Yanketru volvió a Mucun despues de haber dado un provechoso Malon a Goico en las faldas del Nevado.

Solo Antañir i los Pincheirinos quedaron en los campos de Ñeikun—En los cajones de Butamaillin sus caballadas podían reponerse: fácil les era conocer desde ese punto el estado de las fronteras de San Luis i emprender en momento oportuno un malon contra los cristianos.

Miéntas los caciques combinados, despues de destruir las tol-

gerías, se dispersaban, los de la indiada de Goico i Antical que habían escapado a sus lanzas, huían al norte.

Abandonando sus mujeres, sus hijos, 800 Indios se dirijian a las fronteras de Mendoza—Sus únicas esperanzas eran los fuertes de San Carlos i San Rafael que no dudaban les abrían sus puertas. En pequeños grupos pasaron el Latuel, temerosos aun de las lanzas de sus enemigos. Despues de haber puesto esta barrera entre ellos, siguieron al norte para atravezar el Diamante.

El rio Diamante, mas encajonado que el Latuel, solo ofrece paso al pie del cerro del Diamante, i allí fueron llegando los fujitivos—Extrañaron encontrarse en número tan considerable: el ataque de las Tolderías había sido tan brusco, que los del Malargüe creían su pérdida mayor, i extrañaban que sus enemigos hubieran abandonado la persecucion. Si ménos desmoralizados estos 800 hombres hubiesen vuelto a sus tolderías—¿qué resistencia habrían encontrado? Sus enemigos embriagados no hubieran podido ni montar sus caballos—Pero ardientes en el ataque, como todo bárbaro, los reveses los inutilizaban, ninguno pensó en dar la vuelta, la indiada toda pasó el Diamante i acampó en la isla que forma este rio i el arroyo de la Faja.

Allí se creían seguros ya de los enemigos; pero sin viveres, en sitios donde les era imposible subsistir de los huanacos i avestruces que podían bolear, mandaron chasques a San Carlos pidiendo socorros al comandante D. Nicolas Ortiz.

No sabemos cuales serían las intenciones de Ortiz, pero respondió a los Indios que estaba pronto a socorrerlos.

I solo con sus lenguaraces i algunos baqueanos salió del fuerte; tomó el camino del Paso de Ureta, dejando órdenes para que el coronel Vera i cuanta jente pudiese juntar lo siguiesen al Sur.

Ortiz encontró la indiada acampada donde le habían indicado los chasques: promete protejerlos, les permite que lo sigan a San Carlos que allí les dará ganados mientras puedan juntar fuerzas para reconquistar sus tierras de Malargüe, para vengar la muerte del cacique principal de Mendoza, i vengar si pueden con la muerte de Yanka-milla i Neculman la sangre que les habían tomado.

La indiada toda protesta de sus buenas intenciones i se pone á las órdenes de Ortiz.

Era imposible permanecer en el sitio donde estaban acampa-

dos. Ortiz da la órden de marcha i con los 800 indios llega al arroyo Hondo: allí se encuentran con el coronel Vera que ha podido juntar 60 soldados i unos 200 milicianos del valle de Uco.

Los indios miraron con desconfianza tanta jente; mas temiendo hallarse entre dos enemigos, siguieron sin dar a conocer su desconfianza las órdenes de Ortiz.

Llegados al arroyo de las Cortaderas, Ortiz manda chasques a San Rafael dando parte a Aldao de lo que pasaba en el valle de Uco.

Esta insignificante circunstancia fué la causa de la matanza de los Juanes: «¿a qué mandar chasques,» decian los indios?

No faltaban enemigos de Ortiz entre los que se habian reunido al coronel Vera. Un chileno Goyo Pavez i un hacendado de la Provincia de Mendoza, Ermida, dijeron a los principales de la Indiadada—«Huyan Udes cuanto ántes, Ortiz los trae engañados. Los lleva a San Carlos para matarlos allí i apoderarse de sus tierras de Malargüe.» Desgraciadamente los indios creen lo que les dicen los dos cristianos, mas nada intentan i siguen silenciosos el dorroterro que les traza Ortiz.

Al anohecer llegan a las Toscas: allí debian pasar la noche. Los indios se apartan de los cristianos i evitan hablarse en presencia de los lenguaraces.

Algunos milicianos los observan; su reserva, su tristeza les infunden sospechas, i van a decirle a Ortiz que haga desarmar la indiadada, pues creen que se quieren alzar.

Ortiz confiado en la necesidad que tenian de los mendozinos después de tantos desastres, no puede creer que se atrevan a atacarlo—Desprecia los consejos que le dan i deja sus armas a la indiadada.

Al amanecer da la órden de volver a ponerse en marcha—Sin duda alguna esa misma noche decidieron deshacerse de los que creian sus enemigos, pues al amanecer, ya estaba la indiadada toda pronta a marchar—Algunos se pusieron a la vanguardia; el resto esperó que los milicianos se movieran para seguir a retaguardia.

Ortiz, sin fuerza suficiente para hacerse respetar de los 800 indios a quienes habia venido a ofrecer proteccion, siguió sin poderlos hacer cambiar el órden de marcha que habian adoptado.

Antes de medio dia encuentra a los indios que abrian la mar-

cha desmontados a orillas del arroyo de los Papagayos—Algunos se acercan a Ortiz i le ruegan los deje en los Jumes, pues sus caballos cansados ya no pueden andar.

Ortiz imprudentemente accede i hace acampar los suyos con la indiada.

El arroyo de los Papagayos, por mas de una legua corre faldeando una colina de unas 50 varas de altura i tan pendiente sobre el arrollo, que ningun animal puede subir por ese lado a la cumbre de este muro natural.

A unas seis cuadras de esta colina i siguiendo una linea paralela, se levanta otra, dejando entre ellas un cajon ancho i pastoso. A ser pedregoso, cualquiera creeria que era este el cause seco de un caudaloso Rio.

Este cajon es lo que llaman los Jumes.

A la extremidad norte, se alojaron los primeros indios que al amanecer se habian puesto en marcha. Ortiz i sus milicianos al centro, i a la extremidad sur desensilló el resto de la indiada.

La agitacion, sus animadas discusiones tenian a los cristianos alarmados. Varios comunicaron sus temores a Ortiz, este les contestaba: «ya he avisado a San Rafael i el Jeneral Aldao con jente bien armada no puede tardar.»

Llegó la noche, i los indios mataron cinco yeguas, se repartieron en pedazos muy pequeños los corazones i todos probaron de ellos; algunos lenguaraces advirtieron a Ortiz que ya los indios se alzaban. Ortiz hizo ensillar su caballo pero no permitió que ensillara la tropa; llegó la noche i tan quietos parecieron los indios que desaparecieron con ella los temores de los mas.

Antes de amanecer una espantosa griteria despierta a los cristianos.—Los indios los atacan por todas partes; a los que pasan el arroyo de los papagayos para refugiarse sobre la colina, los reciben a pedradas indios apostados en lo mas alto de la barranca.—Nadie piensa en defenderse, todos quieren huir i por cualquier lado que huyan dan con las lanzas de los bárbaros—Ortiz, el coronel Vera i diez milicianos mejor montados fueron los únicos blancos que escaparon de la matanza; Pavez i Ermida habian huido antes que principiara el ataque. Mas de 250 cadáveres quedaron tendidos en el campo. Los indios en esta accion, ni un solo hombre ni un solo caballo perdieron. Ese mismo dia, cambiando de rumbo, dan vuelta al sur i se ponen en marcha para el Diamante.

Los indios no sabian que camino tomar para volver al Malar-

güe las lanzas de Antañir. Los terribles Pincheirinos los esperaban. Bajar a las Pampas, el Jeneral Aldao los espera en San Rafael. —Desordenados, sin jefe, cansados de guerra i matanza, los restos de las tribus de Neikun llegan a Aucas, i de repente se encuentran con una pequeña columna de Cristianos a las órdenes de Aldao. Cuando el Jeneral Aldao recibió el parte de Ortiz vino al socorro de su comandante de San Rafael, que con fundadas razones creía en eminente peligro.

No creía que Ortiz hubiese emprendido su marcha al norte, conduciendo una indiada tan numerosa. —I al salir de San Rafael mandó a sus baqueanos que siguiesen la orilla del norte del Diamante, i caminasen rumbo al poniente.

Las fuerzas que mandaba Aldao no alcanzaban a 200 hombres, mas eran tropas aguerridas, bien disciplinadas. Pronto llegaron a las piedras grandes. Allí reciben la noticia del triste fin de los compañeros de Ortiz en los Jumes, i que la indiada aterrorizada de su fácil victoria caminaba desbandada ácia el Sur.

Aldao experimentado cual ninguno en esta laya de pelea, ve la ventaja que puede sacar con sus pocos soldados de indios desmoralizados ya, que caminan dispersos.

Junta sus baqueanos, se informa de los caminos. —Por la dirección que tomaron los indios al retroceder desde los Jumes, debían precisamente pasar por la Aucas, angosto desfiladero, a donde unos pocos valientes podrían parar todo un ejército. —Aldao marcha resueltamente i se coloca en la angostura. —Allí forma sus tropas detras de grandes cortaderas i espera a la indiada. —Al amanecer del dia siguiente, llegan los homberos de la indiada, ven, sin ser vistos las tropas de Aldao, i esperan al resto de los fujitivos. Considerandose con fuerzas suficientes para arrollar a los pocos cristianos que les disputan el paso, se resuelven a atacarlos.

Una circunstancia extraña los favorece. —Un temporal de viento se levanta i sopla contra las tropas cristianas. Los indios aprovechan esta feliz casualidad, prenden fuego a los cortaderas; i cuando ven envuelto en densa humareda a la pequeña columna enemiga, creen la victoria segura, se golpean la boca i la indiada toda blandiendo sus largas lanzas, carga con increíble velocidad.

Aldao i sus soldados desconcertados por tan brusco ataque se desbandan sin poderse defender de un enemigo que apenas ven. Huyen; los cristianos aislados principiaban a caer a los bien di-

vijidos golpes de los indios. —No tardan en ver que en la fuga está la muerte, no la salvacion; el instinto de la conservacion los hace pararse. —Un sarjento (Gonzales) es el primero que da la voz de mando para que formen cuadros. —Ya no era posible, detener la indiada, Aldao no abrigaba la esperauza de llevar prisioneros. —Los soldados quieren defenderse; si formados en cuadros no pueden vencer, al ménos se salvaran. El fuego mortifero que vomitan los cuadros, acobarda a la indiada; ella tambien abandona toda idea de victoria, i solo trata de salvarse; pero para huir, para salir de las Aucas era necesario pasar por el frente de los cuadros cristianos, era necesario hacerse fusilar sin atacar. Los indios no titubean, clavan sus caballos i todos pasan veloz como el huracan en medio del cual combatian por delante de los cuadros cristianos, todos pasaron, desbandados i corriendo siempre al Sur. —El Jeneral Aldao no creyó deber perseguirlos, i se contentó con el escarmiento que habian recibido: amontonaron los cadáveres, tomaron los soldados las prendas que hallaron sobre los muertos i se volvieron a San Carlos a tranquilizar con su presencia i la nueva de esta semi-victoria a los vecinos del valle de Uco, que creian ya perdidas sus haciendas, sus vidas en peligro, despues de la cruel matanza de los Jumes.

Entre tanto, causados, sin viveres, los indios que habian escapado a las lanzas de los caciques combinados en el Malargüe, a las balas de los de Aldao en los Aucas, erraban por los peñascos de la cordillera, cada dia disminuia su número; los unos habian comido sus caballos, no podian subsistir a pie i a muchos que escaparon con vida en las dos batallas les espera la muerte de hambre mil veces mas cruel.

En busca de guanacos o ganados alzados, llegan de los 800 que hemos visto tan crueles en los Jumes ménos de 500 a las cercanias de Butamailin.

Los Indios destruyen i vuelven a levantar sus tolderías con la misma facilidad. El que hubiese llegado a Butamailin un mes despues de la derrota de Antical, habria creido que la indiada de Antañir vivia desde muchos años haciendo pastar pacíficamente sus ganados en los hermosos campos que rodeaban la tolderia.

Colocados en desorden i a corta distancia los unos de los otros se levantaban los toldos de Antañir—Algunos palos de cuatro a cinco pies de alto cubiertos con cueros eran las únicas casas que tenian los pobres como los ricos—A la entrada del toldo, la lanza clavada, indicaba que allí vivia un guerrero.

La lanza adornada con plumas de avestruz se levantaba graciosa como una lijera columna arabe.—La lanza no solo sirve para indicar la morada del guerrero: el indio supersticioso siempre forra la parte superior de la lanza en el cuero del pescuezo de un cisne, i cree que este cuero quita la vista a su contrario en la pelea, i que delante de la puerta del toldo evita mil desgracias.

El interior del toldo está dividido en dos partes iguales: en un lado duerme el indio, en el otro subdividido en pequeños espacios por cueros de yegua clavados con estacas enterradas en tierra, duermen sus mujeres.—Al levantar su toldo el indio hace un número de divisiones igual al número de mujeres que posee.

En las tolderías de Antañir la indiada llevaba la vida perezosa del salvaje. Solo las cautivas i algunas de sus mujeres que los habian seguido en su expedicion, trabajaban.

Al amanecer todas las mujeres salian de sus toldos a bañarse en el agua helada del arroyo, cuando dormian aun sus maridos. Las mujeres encendian sus fuegos i principiaban a prepararles la primera comida—Otras marchaban a cuidar los ganados de sus amos.

Con el sol fuera ya, los indios salian de sus toldos, ensillaban sus caballos, i se dispersaban por los campos a bolear guanacos o pillar quirquinchos—Otros, sin alejarse de la toldería, se tendian a orillas del arroyo, i solo salian de su letargo si alguna de sus mujeres venia a pedirles una rez para matar.

Para el indio parece un placer dar la muerte—Cuando se trata de pillar un animal se levantan, corren a las manadas de yeguas, enlazan la mas gorda i la traen delante del toldo: manejan el animal, lo rodean, i el dueño, de un bien acertado bolazo en la frente lo tira al suelo.—He aqui su única ocupacion en la paz, cuando no caza.

Una vez el animal en el suelo los hombres se retiran, las mujeres traen platos i grandes bateas de madera, abren el animal i recojen la sangre con el mayor cuidado, para preparar a sus maridos, el plato mas gustado de ellos.

Ellas solas despojan el animal, preparan el cuero, descuartizan la rez.

Esta division del trabajo existe para el indio desde que nace. Para el muchacho no hai escuela, no hai reprension: libre desde sus primeros dias, no tiene mas amo que su capricho. Desde que puede trepar sobre un caballo ya sale a correr los campos junto con los de su edad, nadie se ocupa en él.

La india, al contrario, desde que tiene fuerza principia a trabajar, las muchachas cuidan las ovejas, van en busca de leña; acabadas estas faenas, las sientan sus madres al telar para que aprendan a tejer los vistosos ritos, las mantas que deben usar los hombres que mas tarde las compran o las harán cautivas en los malones que las tribus se dan unas contra otras.

Este modo de vivir en sus primeros años forma el carácter que se desarrolla mas tarde con todas sus consecuencias: el hombre es perezoso, insolente, acostumbrado a no obedecer a nadie, mira el trabajo con horror—Dar la muerte a los animales silvestres que persigue, o a los pocos animales domésticos que la raza europea ha traído a América, es su única ocupacion.—El indio que mata bien, ya sabe todo lo que necesita saber.—La piedad sería un vicio entre ellos que los inutilizaria para su principal, su única tarea.

La mujer desde que nace se ve maltratada; el duro trabajo a que la condena el hombre la embrutece, amortigua todos los sentimientos, debilita hasta la sensibilidad material.

La mujer civilizada puede ser buena si su entendimiento es débil i se somete a lo que la aseguran ser sus *deberes*, o si por rara casualidad puede satisfacer sus inclinaciones; pero la mujer civilizada puede ser mala. Si es intelijente, la educacion que recibe no basta a privarla del pensamiento, i si como sucede casi siempre la mujer no puede satisfacer sus inclinaciones, es mala.—La india es siempre buena, dócil i fiel.—El indio es mas lójico; como nosotros no quiere dar a la mujer toda la importancia a que tiene derecho en el órden social, i para que nunca lo incomode la embrutece, la pone al nivel del animal doméstico.—Llegada a este estado la mujer se deja convencer a moquetes i patadas.

¿Qué hombre por débil que sea no puede persuadir a una mujer por estos medios?

Tendidos o cazando vivian los de Antañir en feliz apatia, cuando algunos cazadores vienen avisar a las tolderias que en las sierras de Malargüe han visto indios armados que se dirijian a Butamaillin.

Los indios que hemos visto tan apáticos, corren a sus caballadas, ensillan, i una fuerte descubierta se preparaba a salir en la direccion que indicaban los cazadores, cuando ven venir ocho indios a las tolderias desarmados. Estos al ver venir la avanzada de Antañir echan pie a tierra para darles a conocer que vienen de paz.

Se acerca Yanka-milla que seguía viniendo con Antañir, los reconoce, eran indios de las tribus de Ñeikun.

Los ocho indios, humildes i sumisos se presentan a Antañir i le refieren sus peleas, el estado miserable en que se encuentran; por fin le piden los acoja en sus tolderías; prometen obedecerle i aumentar su poderio.

Antañir recibe gustoso el mensaje, i les promete recogerlos, mas finje un temor que no tiene.—Dice a los chasques que ya no está de guerra, que muerto Antical i Chocorri, ya cree vengada la sangre de Ñeikun, pero que los considerara como enemigos si se presentan armados: una condicion pone para recibirlos, que les manden sus lanzas. —Yankamilla es comisionado con algunos mocetones para desarmarlos.

Yankamilla, desempeña con escrupulosa exactitud su comision, ni una sola lanza dejó a los que ántes habian sido sus compañeros.

No bien habia bajado el sol cuando los fujitivos, sin armas, ya mal montados ven venir a Hermosilla con sus Pincheirinos, i gran número de indios, sin darles tiempo para tratar siquiera de huir.—Los cargan i una matanza mas horrible aun que la de los Jumes principia.

Un mes despues de la matanza, los cóndoros aun revolteaban sobre el campo de la cobarde hazaña: hasta ahora guarda el nombre de la *querencia de los buitres*.

Este triste sitio tan bien caracterizado es el único recuerdo que queda de las ántes poderosas tolderías de Goico i de Ñeikun.

SANTIAGO ARCOS.